

Familia

Presentación del libro de Hilda Abelleira, y Norma Delucca

Clínica Forense en Familias, historización de una práctica

Ernesto E. Domenech

Construimos nuestros dioses y nuestros crímenes con familias. Llamamos Madre a la Patria, y a nuestros héroes Padres de la Patria. Designamos a un Dios Padre, a otro Hijo, y al restante Espíritu Santo, que es –catecismo dixit- el amor entre uno y otro-. Pero decimos que son uno y que el hijo se inmoló para restaurar heridas de la estirpe con el padre. Nuestra Iglesia se presenta como Esposa, y la madre de Cristo, como madre Virgen con marido Casto. Si deseamos explicar nuestros crímenes –y salvamos ese pecado original que gestó crucifixiones filicidas- son los griegos con sus tragedias las que nos hablan de la Familia. De padres que mandan matar un hijo por temor, de pastores que lo abandonan por piedad y de hijos que matan padres y desposan madres por ignorancia. Y saber es conocer esta etiología criminal y cegarse. Imaginamos totems que son memorias de un parricidio. Y vedamos con tabúes y mortalidades los anhelos por conocer. Para colmo cegamos también a la Justicia y a los Oráculos, como si la mirada fuese una gran traidora y lo no visto lo crucial. Nuestras definiciones de la ley se asemejan a las de un Dios omnipresente. Designamos a la Familia como indicador de Sacralidad –y denominamos Sagrada a la Familia divina y sagrada a la institución familiar- pero también llamamos Familia a las estructuras mafiosas, Familias a las instituciones cerradas, y con el nombre de familiar conocemos nada más y nada menos que a un demonio cruel y castigador. Pesquisar entonces a la Familia en el sitio de dilucidación de los crímenes, en la morada de alojamiento de una diosa ciega y con espada, es un emprendimiento de osadía y valor singular. Sobre todo en Instituciones de la Patria amada.

Recorrer el texto de Hilda y de Bibí ha sido para mí un encuentro con lo familiar y lo criminoso. Con los pasillos que debí vivir desde adentro y desde afuera. Con el dolor que se encarna en rigideces y repeticiones, pero semeja más grande cuanto más pequeño es el que sufre. Con los conflictos que padecí en una y otra ocasión y con la oportunidad valiosa y crucial de descolocarlos y descolocarme para entender nuestra humana condición y fallar. Palabra rara si las hay que designa por

igual a la resolución y la equivocación. La presentación que Hilda y Bibí hacen de nuestra faena común es amable y profunda. No escatiman sus cuitas. Nos exhiben sin pudores sus teorías –capaces de admitir desmentidas y redefiniciones- y sus prácticas. En ellas un árbol genealógico es el dibujo de una estructura inconsciente, el plano de una casa no el anhelo de una construcción imaginada sino el emplazamiento en una familia. Y el juego y el dibujo, modos de conocer. Sus apuntes y elaboraciones, minuciosos, detallados, ejemplifican sus saberes, pero también los encarnan en dramaturgias cotidianas. Pareciesen decir el verbo se hizo carne y habita entre nosotros. Exhiben los relatos de sus casos la cuadrícula de un método en la colección de información pero también prudencia en la lectura de datos que saben no del todo foráneo a quien lo colecta. De este modo esa señora en ocasiones tan exótica y extraña –y por ello seductora- que es la teoría, se puede entrever en su práctica cotidiana. En sus escrituras sin moldes en las letras, ni lomos con ISBN. En sus incertidumbres e indefiniciones, lo que nos hace amarla más por el espanto que por el amor y por la amable ambigüedad que exorciza las omnipotencias. Son estas ocasiones en las que las prácticas se escriben, las que ponen en palabras un mundo incierto y oscuro muchas veces escatimado por lo que Florencia Luna llamó los aspectos sexys de las bioéticas, por oposición a los aburridos. Pero vérselas con la aburrida cotidianeidad, con las entrevistas que no encuentran consultorios sino pilas de expedientes cosidos, que no vislumbran perfumados terapeutas pagos al cabo del mes o la sesión, sino peritos urgidos por los conflictos, los plazos, los dolores y los hombres de saco y corbata, posee un enorme valor. El valor y la osadía de quien no claudica a diario y puede encontrar una aventura en el aburrido horario judicial. Un camino interminable que se abre en la mesa de entradas, como evoco haber leído en algún cuento de Humberto Constantini. Algo lúdico y fantástico rodea estos emprendimientos casi quijotescos. Hilda y Bibí no han omitido referirse a los cambios. A esta postmodernidad incierta de infancias mutantes, adolescencias en crisis perpetuas, familias ensambladas y padres degradados, capaz de desconfiar de los principios, y amar más lo complejo que lo lineal. Las redes que los anzuelos que tanto resisten las dogmáticas principistas, descontextuadas y acrílicas. He visto la dramática familiar en todo género de delitos, los más crueles y los casi risueños. La he visto en la conjetura cumplida, en la amenaza realizada, en las crónicas de muertes anunciadas. He visto los estallidos producir pérdidas de sangre y de afectos y dinero. Atravesar, como

pocos, los fueros para suscitar cuestiones civiles y de menores, comerciales, laborales... El drama familiar es un señor sin fronteras ni especialidades, se agazapa a la vuelta de cualquier esquina o cualquier escritorio. Por ello, vérselo con lenguas distintas, asirlo desde un despacho o desde un diván, desafía toda omnipotencia. Y es en este desafío que puede inscribirse este texto. Poseer teoría y poseer contexto. Tener filosofía y tener estaño. Conceptualizar y reconceptualizar, sin omitir la práctica y sus historias minúsculas y poco escritas. Y sobre todo los límites y la ética que los desempeños en instituciones imponen, en un capítulo que debería formar parte de la formación forense de los psicólogos tanto como de la de los abogados, capaces muchas veces de preguntas imposibles y del anhelo de respuestas que permitan gambetear la tarea difícil de decidir y justificar. Capaces de pedir condenas por confesiones sin resguardos ante expertos que dialogan no para determinar una verdad a partir de un testimonio, sino un universo inconsciente a partir de una palabra. Decir donde la palabra omite. Y es en estas transferencias y distorsiones donde Bibí e Hilda han sabido, incluso, hablar del secreto en un ámbito que pareciese excluirlo. Interrogarse sobre los límites morales del decir pericial, que como todos los decires no puede decirlo todo, y al decir, calla. Las reglas de esta reflexión ética no son un decálogo. Son menos. Ocho. Permítanme reescribirlas: 1. Conocerás la institución en que actúes, 2. Profundizarás, ampliarás y actualizarás tus saberes, 3. Conocerás los obstáculos y la especificidad de los discursos, 4. escribirás al juez de modo claro y explícito, 5. Conocerás la función propia y las de los demás, 6. Mantendrás neutralidad, 7. Tomarás el tiempo necesario para tus respuestas, y 8. sabrás guardar secreto. Este es –con los límites de mi leer y mi entender- el valor de las páginas que recorrí: pasear por fronteras, construir esperantos, deslumbrarse con las faenas cotidianas para exorcizar los fantasmas burocráticos que acechan escritorios y pasillos, consultorios y laboratorios y sus habitantes de trajes o guardapolvos. Y es con el deslumbramiento y su significado que quisiera concluir esta presentación cuando se aproximan los días más largos del año. Tomaré palabras prestadas de Héctor Tizón que me han conmovido. Helas aquí: *“Llegaban los días en que el cielo parecía más alto. ¿Cuánto tiempo se ha gastado ya?. La diferencia entre noches y días, como aquella entre el crepúsculo y el alba, sólo está en la luz, sólo la sucesión de intervalos de sombra hace que el hombre prorrogue el tiempo de su vida. Por Dios –murmura el hombre-, que algo me interese más que estas sombras. Se es ya viejo cuando no existe el asombro,*

puesto que la juventud no se mide en años ni en días, sino en deslumbramientos”
Héctor Tizón. Los árboles.